

clara luz de la luna. Y había tanta calma y sosiego, que escuchábamos el relente al depositarse en las hojas...

En este ambiente de plata y rosa, de luz y aromas, pulsó su guitarra y en mi lengua natal dulcemente cantó nuestra antigua y popular canción que trasladado al español se llama: "Cuando haya terminado mi canción, no cantaré más. Te he amado tanto, que ya no podré cantar para otro, sólo para ti".

Y, escuchándola, no podía apartar mis ojos de los suyos que esta vez me miraban fijamente, detenidamente, persistentemente, brillando con humedad de laguna, hasta que mis más íntimas células despertaron y se agitaron con temblor de ansiedad, ansiedad tanta, que irresistiblemente los dos quedamos confundidos en un beso largo y hondo, más hondo que el mar, más largo que la vida. Un beso que fundió almas para siempre, como reventar de sol sobre copos de nieve...

Y esta mañana, seriamente me dijo:

—Anoche, cuando cantaba para ti, en ti observé un cambio maravilloso. Era, Jorge, como si en tu pecho se hubiera encendido un sol, un sol de verano...

¡Ah, entonces fué que supe que ambos milagros, éste y el otro, no fueron sólo de la guitarra...

Enero 22

Domingo

Hora: 07.00

¡Oh, qué feliz soy! ¡Cómo resulta impotente nuestra lengua para expresarlo! Es la felicidad de vivir pendiente de los ojos de mi amada, de su boca, de sus manos... Jamás creí amar tanto. Los días y las noches se suceden igualmente iluminados, como un eterno día, por el fulgor de su mirada, y vibrantes como sus cantares que

a veces le acompaño a la guitarra, con acordes como latidos de corazón. Y diría que aquellos días pasaron insensibles si no fuera porque en cada uno nuestra felicidad vino en aumento, en un crescendo sin fin, como para creer con todas las veras del alma —modestia aparte—, que no ha habido otro idilio como el nuestro.

E. Bellamy estaba equivocado al suponer que para esta fecha el amor no iba a ser sino pura conveniencia y selección sexual, el que se saciaría como se sacia la sed o el hambre. Sin duda que había razón para esperarse así, dado el exclusivo materialismo del mundo de entonces, que era moldeado en el calculismo egoísta y fundado en la negación de la dualidad del hombre. Pero aunque hubiera sobrevivido dicho mundo y ese mundo fuera el que hoy, siempre se estaría lejos de aquella acepción de amor, y ahora más lejos que antes, porque los mismos vicios de que adolecía habrían inhibido a los hombres para hacer selecciones en la práctica. Del mismo modo, siempre se estaría lejos de la realización del "mundo feliz" de A. Huxley, cual es: la multiplicación del hombre en las probetas de laboratorio, el desarrollo de los fetos en las incubadoras eléctricas, la especialización o acondicionamiento del hombre ab ovo. etc., pues que la libido no consulta a los científicos ni a nadie, ni nadie puede dominarla por medio de disciplinas laborateriles, sino que la cosa era al revés: en un mundo como aquél las disciplinas debían ir desapareciendo una a una en tanto aumentaban las licencias, para terminar todos en el caos. A ese mundo científico se habría llegado de haber persistido el orden dentro del desorden, lo que era tan difícil como hacer que la manzana de mi ejemplo del otro día se mantuviera indefinidamente en el aire: ni caído al suelo ni regresado a la rama. Mas, para suerte de todos, han sido ahora resucitados los ideales y vuelto los valores —y su manifestación, la virtud— a ser considerados como algo positivo, constituyendo la parte esencial del hombre, lo que, en círculo glorioso, hizo de éste un ser más consciente o más sensible a la conciencia, hasta tomar el amor no sólo en el concepto budista de: "una condición sublime", sino en su verdadera definición: "la

comprensión consciente de lo ideal". Así es que, el amor de un hombre por una mujer y viceversa, no es sino "la comprensión consciente de ciertos ideales que están en ella o en él, a los cuales amamos". Y esta comprensión consciente y aquella resurrección de los ideales, es lo que ha hecho que todos los sentimientos, además del amor, sean hoy más refinados o espirituales, y, por ende, más duraderos, lo cual nos recuerda la expresión de Miguel Angel: "Amor es ala que Dios ha dado al hombre para subir hasta El y verle de más cerca". Es así como amamos y somos amados, salvándose la humanidad. Es así como, ella y yo, somos tan felices... Pero creo haber notado últimamente una sombra de tristeza en la frente de mi amada. Es una sombra tenue, que apenas se hace visible al quedarse pensativa. Y, por lo que sé de ella, no me extrañaría que la causa fuese el estar viviendo con su novio bajo el mismo techo; y mal que me pese, que tiene razón. Esto quiere decir que debo apresurarme. ¿Dónde estarán mis amigos?...

Hora: 14.15

Casi diría que hablando del rey de Roma y él que se asoma, pues mi amigo de Valois estuvo a verme. ¡Qué buena sorpresa, y qué alegre se puso también María, después que lo hubo conocido! Fué alrededor de las once, cuando ella vino a decirme, tratando en balde de ocultar su ansiedad:

—Te buscan, Jorge. Alguien ha preguntado por ti.

—¿Por mí? ¿Estás segura? —le pregunté, no menos sorprendido, pues nunca esperé que alguien vendría a verme aquí.

—Pues sí. Esta en su tarjeta.

Y al dármele leí el nombre de Ambrosio de Valois, en todas sus letras.

—¡Vamos! —le dije—, si es mi gran amigo de Valois. ¡Ven! Deseo presentártelo.

—¿En esta facha? —quiso ella excusarse.

—Pero si estás encantadora. ¡Vamos!...

Pero no era, como supuse al principio, que él estuviese llegando ahora de la Antigua, pues aquí está desde en los aflictivos días que precedieron el jubilo de la reincorporación de Belice, habiéndonos contado que, como miembro del cuerpo consular, hasta había asistido al Te Deum del día 7, así como al desfile de las célebres carrozas del otro día, saliendo a relucir, a propósito de esto último, algunas bromas a las que él agregó sal a su medida, antes de decirme seriamente:

—Y ¿ya viste qué grande el patriotismo de estos indígenas? ¿Quedaste convencido de lo que te decía?

—Perfectamente convencido —le contesté, negándome a decir más sin antes ver cómo tomaba María mis palabras y las de él. El seguía entusiasmado:

—Fué algo monumental. Los ladinos lo veían y no lo creían. Jamán esperaron cosa semejante de unos hombrechicos a los que apenas les había quedado el pellejo y los huesos —se dirigió a ella:— y perdone usted que haga alusión al pasado.

—No tiene importancia —dijo ella, quizá excusándose—. ¿Acaso Gandhi no era también huesos y pellejo?

—Exacto, señorita, y celebro que todos seamos del mismo parecer.

Sin duda que él había supuesto que ella, al comparar los cuerpos, había querido también comparar sus respectivas almas. Y tal vez ella hubiera aclarado el equívoco de no haber continuado mi amigo:

—Esto hacía falta por si a alguien le hubiera quedado aún dudas respecto al fondo o esencia de los nuevos hombres —nuevos no en el tiempo, desde luego, sino en el uso como hombres. Que estas bien ganadas glorias, y ganadas tan discretamente como nunca se vió en los anales de los demás hombres, se las habrá eliminado y sustituido por la virtud opuesta, o sea por la fe: fe y confianza en aquéllos mismos, así en sus palabras como en sus acciones. Y a tal acción nunca podrá llamársele claudicación, sino simplemente rectificación, y cuyo mérito y favor es, como sabemos, de carácter reflexivo: recae sobre el mismo que rectifica...

María no decía nada, lo cual, por una parte, era de

celebrar, ya que mi amigo, por encantarle la discusión, se hubiera empeñado en convencerla ahora mismo, con resultados seguro contraproducentes y echando a perder mi labor de persuasión que pacientemente he venido realizando. Pero, por otra parte, su silencio podía significar: o bien que para ella no estaba bien claro todavía el asunto de que se trataba, o bien que estaba luchando consigo misma tratando de imponer la razón sobre sus viejos prejuicios que eternamente le hicieron despreciar todo lo referente al indígena a quien llamaba con el despectivo mote de "indio" para querer decir "indino", ciegamente, sin tomar en cuenta que éstos nunca fueron indios, salvo en la imaginación de Colón, ni fueron malos jamás, porque ser malo implica responsabilidad, y responsabilidad envuelve uso de conciencia, o sea eso que ellos jamás tuvieron. ¿Cuál de ambos términos era el verdadero? No pude saberlo porque ya de Valois volvía a tomar la palabra. Hablaba ahora de las bellezas de Antigua Guatemala, "el jardín del continente", que dijera Darío; bellezas puestas unas por Dios: el cielo, los volcanes, su clima y sus ríachos, y hasta "el mejor café del mundo": y otras por los hombres dentro del espacio de sus nueve calles y siete avenidas angostas y empedradas, incluyendo sus ruinas coloniales, testigos de ajenas glorias, expuestas al sol con la mudez de la piedra y la elocuencia de toda una tradición española: ora en la forma de conventos con sus cámaras de automortificación para los que querían elevarse sobre la materia; ora en el molde de vetustas iglesias de maravillosos retablos, guardianes a la vez de los restos siempre vivos de nacionales ilustres; ora a manera de palacios de innúmeras columnas en los que ya se distribuía la luz de la sabiduría, ya se ordenaba la persecución de los patriotas, o ya se firmaba toda una Independencia...

María había vuelto a animarse, y sonreía halagada por las alabanzas que aquel extranjero prodigaba a un pedazo de su tierra, alabanzas que en él brotaban espontáneas como su muy florido lenguaje, como si sólo el roce de aquel recuerdo le encendiera su vena de poeta. Y eso me animó a mí también para expresarle a aquél, así de improviso, inesperadamente, que a nosotros nos sería gra-

to que él y su señora testimoniaran nuestra próxima boda.

—¿Qué boda? —preguntó todavía tranquilo, como si hubiere pensado que se trataba de mis bodas profesionales.

—La nuestra. —Y, sonriendo, le mostré a mi prometida. Y jamás lo he visto sorprendido y luego tan alegre como entonces. Nos miraba ya al uno, ya al otro, sin poder cerrar la boca mi emitir sonido alguno. Lo gracioso era que también María se había quedado asombrada, no esperando esta confesión tan de repente. Pero mientras la sorpresa en ella se manifestaba por el rubor de sus mejillas y un deslumbre especial de ternura en sus ojos, en él se evidenciaba por su cómico desconcierto muy digno de verse. Cuando al fin pudo hablar fué para decir que aceptaba encantado mi propuesta, y hasta ofreciendo conseguirme él mismo la licencia, habiéndose fijado entonces la fecha de tan grande acontecimiento.

Y cuando poco después nos quedamos solos, ella me dijo:

—¿Qué valor tuviste, Jorge! ¿Cómo pudiste hacerlo sin advertírmelo antes? Casi me muero del susto...

Pero su frente se mostraba limpia de toda sombra, trasparente como la había conocido. Y me pareció que los muebles y todas las cosas se reían también contagiados de mi felicidad o adivinando tal vez que voy a casarme de aquí a cinco días... ¡Ah, mi diario querido, qué feliz soy!

P. S. De Valois me dejó cien dólares al tiempo de irse, sin que ella se hubiere dado cuenta. Ya no será necesario que, por ir al Banco, me ausente ni un instante de esta casa.

Enero 27

Viernes

Hora: 07.05

He aquí que ha amanecido el día más feliz de mi vida, el más fausto e inefable de todos; que si los malos plazos se cumplen, ¿cuánto más los buenos?

Hora: 14.30

Ya tengo hogar. ¡Qué felicidad! ¡Tengo mi hogar, como si ésta fuera la primera vez! Pero es que éste es un hogar distinto a todos: un hogar de sol, de flores y cantares como no hay dos. Y a ella, flor y nata de las mujeres buenas, a ella se lo debo... ¡Qué feliz soy! Me siento cual saturado de ambrosía y de loto. Y siendo ella primavera y flor de todas las mujeres, ninguna falta hacía haber dejado macetas y tiestos de rosas y claveles por todos lados, y menos haberse levantado tan temprano para eso, y lo cual hizo muy callandito, creyéndome dormido, para venirse después de puntillas a mi puerta con la intención de despertarme cantándome de pronto aquella misma canción que cantó la vez primera. Amor Indio, mas con mayor dulzura, si cabe, que entonces. Pero ¿cómo esperar que yo estuviere durmiendo en tan glorioso amanecer? Hacía ya rato que estaba despierto y hasta levantado, y en aquella hora empezaba a escribir el primer párrafo del día.

Me quedé quieto, sin embargo, oyéndola con la unción del que escucha un mensaje celestial; y, apenas hubo acabado su canción, abrí repentinamente la puerta y salí a su encuentro con ánimo de darle con un beso los buenos días; pero ella estuvo más lista de lo que esperaba, y, riendo, echó a correr sobre las baldosas del patio

hasta parar al fin en el comedor en donde tenía ya listo el desayuno.

Iba vestida de lana, estilo sastre y color blanco, con el forro escarlata, y ceñido a la cintura con hermoso cinturón cuajado de piedras de distintos colores. Era el traje que, según me explicó, tenía dispuesto estrenar en la Navidad pasada, sólo que, por no haber habido Navidad para ella, no lo hizo hasta ahora. Yo llevaba el más nuevo de los míos, un poco ajado quizá, pero todavía con buena apariencia. Y ya sobra decir que íbamos a salir, que íbamos en busca de los tristes mortales que habitan el barro de la tierra. (Porque ella y yo no moramos aquí abajo, como tal vez podría suponerse, sino en uno de esos mundos que rutilan con luz sobre nuestras cabezas y que vemos tan sólo en las noches serenas de verano...)

Apenas tomamos media taza de café, y una que otra miga de pan, que al parecer nos bastaba con mirarnos largamente, y hablarnos en la más íntima y dulce de las lenguas. Ella sonreía, y sus dientes fulgían como constelación de soles... ¡Qué bella estaba!

El reloj dió la media de las nueve. Se puso ella el sombrero y ambos nos pusimos los abrigos y los guantes. Luego sonó el timbre de la puerta, y, a continuación de los saludos, subimos al coche de nuestros testigos que nos condujo a la casa municipal. Ninguna orquesta ejecutó a nuestro paso la marcha nupcial, ni hubo antes ni después puñadas de arroz ni confetti. Pero nunca me he sentido mejor que marchando al compás de aquellos cilindros... Mis ojos iban puestos en los de mi amada, y nuestras manos enlazadas; y las pocas veces que miré a la calle me imaginaba a los hombres arrastrándose afanosamente en el polvo de la tierra, siendo que yo me sabía en alas del pájaro azul...

Al llegar, pronto y con exquisita cortesía nos hicieron pasar al Salón de Honor en donde el concejal de turno —un maxeño de aspecto solemne— consumó la ceremonia. De paso alguien dijo que éramos nosotros los primeros ladinos que casaban los nuevos jueces. Seguro que ello carecía de importancia; no obstante, al saberlo, no supe a qué horas me llené de orgullo, como si tal hecho fuera



capaz de agregar un palmo a nuestra gloria de suyo excelsa...

Regresados a nuestra mansión todos brindamos, como es lo usual, por la "eterna felicidad de los novios", feliz eternidad que ella y yo estamos seguros de haber conquistado y para siempre. Y, "mientras el alma del vino cantaba en las botellas", las copas chocaban unas con otras con tal continuidad que ya no parecían ser sólo cuatro...

Sí que he lamentado la ausencia de nuestro amigo Gutiérrez y Solares así como ella lamentó la de algunas buenas amigas suyas, porque seguimos ignorando el paradero de la gente. Casi estoy seguro que don Antonio habría estado hoy tan feliz como nosotros. Pero me abstuve de recordárselo a mi amada que, con sobrada razón, parecía negarse a pensar en los ausentes.

Y, al quedarnos por último solos, se echó ella en mis brazos y yo en los suyos, sedientos ambos de esa dicha y de esa felicidad que sólo el amor sabe dar, cuando anida en el alma.

Hora: 16.00

Abro un paréntesis para referirme a un oficio que acabamos de recibir del Ministerio de Educación Pública, el cual reza así:

"Señores de toda mi consideración: En nuestra campaña en pro de la implantación de las buenas costumbres, rogamos a Uds. se abstengan de seguir escuchando por radio ninguna de las estaciones que no figuran en la presente lista, durante los días y horas que allí se especifican, por cuya observancia le quedaremos altamente agradecidos, pues nos sería sumamente doloroso tener que hacer uso de las multas y hasta del decomiso de su aparato receptor a que nos obligaría la reincidencia en el desacato a esta reglamentación. De Uds, atento y S. S. (f) Cristóbal Aj Tzaj, Secretario en el Despacho de Educación Pública".

En la lista sólo figuraban estaciones de música selecta, o bien de conferencias educativas. Pero el Señor Ministro puede quedarse tranquilo, que hoy por hoy preferimos la guitarra...

Enero 30

Lunes

Hura: 08.50

¡Qué felices somos, Santo Dios! Vivimos una vida encantada, como en el cuento; una vida maravillosamente encantada, como si ocurriese bajo un perpetuo claro de luna. Y estoy seguro que si lloviera, la lluvia caería en ondulaciones apacibles, y hasta con aroma de sándalo...

Pero ¿cómo expresar su sabor maravilloso? Si dijera que es el mismo Paraíso, no el de la Revelación de san Juan —la santa ciudad de oro con sus muros de jaspes y puertas de perlas, con el río del agua de la vida, clara como cristal, y el árbol de la vida concediendo uno de sus doce frutos cada mes—, sino el del Profeta: el Paraíso de tupido bosque de frutales y sombra fresca por todas partes, con ríos de agua pura, y de leche, y de vino, y de miel clarificada, aún me quedara corto...

Y para ser más que Paraíso, mi dulce amada recibió hoy el presente más valioso a su corazón de hija: su señora madre le mandó un enorme ramo de flores y, en la tarjeta adjunta, agregaba a sus sinceros votos de profunda felicidad, una invitación para los dos a un té especial de regalos que tendrá lugar en la tarde de hoy mismo. Al recibir tal recado se puso ella tan contenta que cantaba y bailaba sola, exclamando: "Ya tengo otra vez mamá!" Y eso me hizo recordar que también yo tengo suegra otra vez.

Sin embargo, fuerza será que hoy me ausente de su lado. No será más que por el tiempo justo de ir al Ban-

co y volver. Pero este tiempo para mí tendrá la duración de años. ¡Ah, si pudiera desdoblarme!...

Hora: 15.00

¡Cuando yo digo que somos felices!... ¡Bendita tierra ésta que me otorga y a manos llenas, tan divino don de ser feliz! Pues con haber encontrado a mi perdido amigo, ya a mí tampoco me falta nada, absolutamente nada, como si hubiese sido poco haber tenido la suerte de haber visto la ruina y caída de un régimen injusto, y visto apagarse tal vez para siempre

Falling, like Lucifer,  
Never to hope agains",

la luz de ese siglo XIX, si es que alguna vez tuvo luz, para agregar además el hallazgo de hoy.

Mas, para seguir el orden cronológico, empezaré diciendo que recién dadas las nueve me fuí a la calle. Iba a pie para sentir más íntimamente las saludables vibraciones del pueblo todo; sin embargo, más me parecía ir en el aire, exactamente igual que como se sienten los nativos, como flotando en los tejados, si bien éstos ya no eran de jaspe, ni siquiera de rosas, sino de apetitoso pan de rosa... Apenas si guardaba memoria que estas calles fueron un día el epicentro de algo que tuvo apariencias de trágico y terrible, pero que no fué sino la corteza dura de una ctraña tierna; la lágrima, con pretensiones de amargura, de una muy dulce felicidad; el llanto de la madre en su hora de parto. Por eso, hoy todo inspira alegría, seguridad y esperanza, sinceridad, y en suma, amistad; amistad tanta que me hacía repetir, apropiándome las, aquellas palabras de Thomas Paine: "The world is my country, all mankind are my brethren, and to do good is my religion. Mi patria es el mundo, todos los hombres son mis hermanos..." Y, por sentirnos todos iguales, a medida que avanzaba me convencía de que es imposible ya para cualquiera presumir tener el monopolio de la fe-

licidad, porque ésta es ahora común de todos los mortales. Yo ví caminar complacidos a indígenas y ladinos, intercambiándose cálidos saludos, en fraternal convivio. Y me daban grandes deseos de detener a cada transeúnte que encontraba para estrecharle la mano o darle un abrazo. La ciudad seguía como antes: las mismas calles estrechas, las mismas casas bajas y hasta el mismo cielo azul; no obstante, todo se veía distinto: todo nuevo y renovado y transformado y vuelto a hacer. ¡Oh el milagro del amor entre los hombres!

Una anciana ladina, que vió lo mismo que yo, juntó ambas manos, alzó sus ojos y susurró:

—¡Bendito sea Dios!

—Sí, hermana —le dije yo mismo, sin poderme contener—: ¡Bendito sea!

Se volvió hacia mí, me quedó mirando con sus ojos a punto de apagarse, y exclamó después:

—¡Dios lo bendiga, hermano!

Algunos naturales que lograron oírlo todo, nos miraron sonrientes, con la expresión que deben tener las bendiciones. Comprendí entonces por qué hasta el viento me había parecido más cálido, pese a la estación. Y me dije: “He aquí un mundo mejor; un mundo sin Truman, sin Stalin, sin Churchill, sin Hoover (H. C.)...”

El tráfico motorizado, si es cierto que no es tan intenso como antes, sigue siendo tan respetable como entonces, o más todavía, pues el ser menos intenso y mareador se debe a que ahora ya no es al tiempo al que se avalúa como oro, sino a la integridad moral de las personas. Porque los afanes del mundo han cedido el paso a las ansiedades del espíritu, de manera que la más beatífica de las expresiones ha ocupado el lugar de aquella de angustia que teníamos todos y que sugería que si llegáramos un minuto tarde todo se arruinaría. Es por eso que el aire de las avenidas, a más de cálido, es tranquilo y poblado de melodías musicales: ya de las orquesta típicas, ya de las risas alegres, música ésta que ha sido y será siempre la mejor de todas. Y los himnos religiosos que escuchaba por el camino, era música de las rockolas.

Por su parte, el antiguo y admirable Ballet anuncia-

ba para esta noche, en el teatro de siempre, la reanudación de sus inimitables funciones, y los cines anunciaban estrenos para jueves y domingos, porque aún son escasas las películas moralizadoras. Véase, pues, que ya las penas eran cosa del pasado; y hasta se dijera que jamás tuvieron existencia real si no fuera, aparte el raquitismo de los cuerpos, sus arrugas y cicatrices, etc., por uno o dos claros que vi en algunos lugares por donde pasé y en los cuales el gobierno está construyendo edificios de muchos pisos para destinarlos a viviendas de familias pobres. ¿Pero habrá pobres en esta Arcadia?, me pregunté. Y me pareció que la respuesta, afirmativa por desgracia y por desgracia en el sentido de pobreza moral, me llegó por medio de una enorme manifestación compuesta de hombres y mujeres de la clase ladina que me encontré en la Plaza de la Primera República. No estaba reunida ya, sino reuniéndose, pues de todas las calles aflúan cantidades de gente portando grandes carteles de colores chillones en tal abundancia, que parecía que cada hombre llevaba el suyo.

Yo me paré en seco, sorprendido, porque a primera vista creí que habían vuelto los tiempos execrables de antes, cuando grupos así salían a la calle tratando de vencer a sus gobernantes, que sólo en guerras pensaban, a que se decidieran por la paz, o para pedirles la renuncia de sus cargos. Pero luego me tranquilicé al mirar las leyendas de algunos de esos carteles y enterarme de lo que se trataba. Uno de éstos decía: "Queremos continuar con nuestro negocio de tabernas, para darle el pan a nuestros hijos". Otro: "Si suprimís el licor, señor presidente, no podréis equilibrar el presupuesto nacional". Y otro: "Si no nos permitís vender licor libremente, lo vendemos clandestinamente". Y otro más: "¡Viva el aguaro, consuelo de los infelices!"... Y si es cierto que no se trataba de la guerra, no dejó por eso de intrigarme tan grande despropósito que allí veía, y, en consecuencia, traté de inquirir todo el alcance de tamaña manifestación. Con la vista busqué a alguien a quien preguntar, pareciéndome de perlas uno que venía dando órdenes a grito partido y a diestra y siniestra para mantener la fila cerrada, el

cual, al notar mi gesto, me preguntó también por señas que si era a él a quien yo me estaba dirigiendo. Al decirle que sí, se me acercó voluntarioso, contestando sobradamente a mis preguntas hasta dejarme más que informado, pero sin interrumpir las órdenes que seguía gritando ya a unos, ya a otros, a veces sin necesidad, como si su objeto principal fuera el de hacer ver a todos que era hombre de importancia. El empezó diciendo:

—Venimos a celebrar un patriótico mitin aquí frente al Palacio, para protestar por la última medida de este gobierno, ciento por ciento dictatorial. Todos los que estamos aquí somos cantineros, o dueños de cantinás y estancos de esta capital, y queremos manifestar al Ejecutivo nuestra inconformidad por haber ordenado el cierre de nuestros expendios de licores, que constituían nuestro único medio de vida honrada que conocemos. ¿Qué vamos a hacer ahora?... ¡Aquí, Pablo: tu cartel rojo ponélo de este lado, mirando para allá!... Pues le decía a usted —seguía hablando conmigo, pero sin quitarle los ojos a la turba—, ¿dónde podremos encontrar ocupación como la que nos han quitado? Muchos de nosotros ya somos grandes (viejos) e inútiles para otra cosa. Después de haber trabajado toda una vida en abrir botellas, servir vasos o repartir “octavos”, es tremendo... ¡Juan: arrimá tu cartel junto a ese rojo, mirando para aquel lado!... Es tremendo tener que verse unó en el dilema de dedicarse a otra cosa o morir de hambre. Y cualquiera le dice a uno: “Dedíquese a otra cosa”; pero ¿qué cosa puede haber semejante al negocio que teníamos? ¿Qué otro puede tener tan numerosa clientela? Y, además, es un trabajo tan cómodo: no hay fatiga, ni sudores, ni siquiera trabajo, y sí mucha música de sinfonolas y radio. ¿Dónde íbamos a encontrar otro...? Allá, muchá, junto a aquellos otros, mirando para aquel lado, para aquel lado!... ¿...dónde hallar otro igual? Pero no es sólo eso: hay algo más, usted. Los indios quieren hacernos creer que su sistema es el democrático, y ya han convencido a muchos. Bueno, pues si es verdad que es democrático, deben dejarnos vender los licores, que siempre hemos vendido y hacer nuestro negocio, que siempre fué también negocio del Estado. Y ¿quie-

re que le diga por qué nos cerraron los expendios? Porque estos indios son brutos: creen que el guaro es malo: que intoxica y mata. ¿Por qué, señor, va a matar? Si es una bebida como otra cualquiera. Más bien es mero buena, usted, pues yo he visto hombres que se han vuelto locos y hasta se han suicidado al tener que dejar de beber por algún motivo; pero cuando bebían eran normales y correctos. ¿Se fija, pues, que el licor es bueno? Es cierto que hay algunos... ¡Allá, Carlos: seguí de paso hasta pararte allá!... Es cierto que hay muchos que al embolarse pierden la cabeza y atentan contra los demás, y matan y roban y hacen porquerías. Pero ¿quién puede probar que sin los tragos no hubieran hecho lo mismo? Además, para eso está la policía, y que agarren y fusilen a todo delincuente, si quieren. Pero que no nos prohiban vender licores, sobre todo habiendo algunos que se benefician bebiendo. ¿Qué éstos son unos pocos? No importa: con uno que resulte beneficiado, ya hay razón para dejarlos que beban. ¿No le parece? Y es risible que sean ellos, los indios, los que crean que el guaro es malo, cuando ellos han nacido y vivido dentro del mismísimo guaro. ¿Cómo es que hasta ahora se dan cuenta de eso? Si de verdá fuera malo, ya ellos estuvieran peor que enterrados, no que allí están fregando la pita y queriendo matarnos de hambre; vivos y coleando precisamente porque bebían. ¿Se fija? ¡Ah!, si nosotros siguiéramos en el poder, jamás que se viera una zanganada como ésta. Esto es lo que le vamos a decir al presidente, ahora que él salga al balcón. Le voy a decir...

—Bueno, amigo. Es suficiente —le dije—. Muchas gracias, — me despedí. Pero él aún me retuvo para darme, irguiéndose enteramente:

—¡No se vaya, que se va a perder de oír un buen discurso: el discurso que yo voy a echar! Y ¡ya verá cómo hacemos triunfar la causa del pueblo! Y, ¡oiga!: después no deje de pasarse por el “Cisne Negro”, que esa es mi cantina, a echarse un buen trago elaborado con “miel de purga” (melaza de caña). ¡Tres piedras!...

Volví sobre mis pasos y salí pronto de aquella chusma que, habiendo llenado ya toda la plaza, amenazaba es-

trujarme entre sus viciosos tentáculos. Y luego, haciendo un rodeo, llegué finalmente a mi destino, o sea al banco de Londres. Allí obtuve, sin mayor dificultad, la reposición de los comprobantes de mi depósito que había perdido en el principio, sacando juntamente una regular suma de dinero con la que le compré a mi esposa un magnífico regalo en una joyería de lujo, cuya entrega —era el primer regalo que le hacía —fué por demás impresionante, con todo y que traté de rebajarle cualquier mérito que pudiese haber en ello. Y de paso conocí los nuevos billetes y monedas de la nueva emisión, con la efigie de Colón impresas en ellos, y cuyo valor es la mitad de los de antes.

Me olvidaba anotar que por todo el camino había ido viendo a cierta gente con adornos muy distintos a los que había visto hasta ahora, pese a que he visto tantos; adornos que consisten en cintas de papel multicolores aplicados a los sombreros, los que, además, llevan colgando muchos y curiosos objetos que incluyen campanillas, gualcitos labrados y pintados, y hasta pequeñas estampas religiosas enmarcadas en vidrio. Las mujeres traen guirnaldas de papel alrededor del cuello a modo de collar, del que penden unos frutos amarillos en forma de pezones de una solanácea que vulgarmente o, mejor, familiarmente llaman "chichitas"; adornos éstos que cuando el portador viene metido en sus autóctonos y llamativos trajes, la persona se convierte en un verdadero muestrario de cosas tan variadas como raras. Me informé que éstos son los que vienen de adorar al Cristo Negro del pueblo de Esquipulas, durante el famoso peregrinaje que por este tiempo celebra anualmente el pueblo chapín, los que al volver a sus casas lo hacen adornados como dije y entonando cánticos de alabanza en relación a los recursos y más frecuentemente al grado de la "fe" del señor romero, haciendo de su casa, por algunas horas, un lugar de fiesta y regocijo (entiéndase de borrachera) para los amigos.

Y ahora debo hablar del feliz encuentro que tuve con mi amigo. Salía yo de la citada joyería de la sexta avenida, cuando, con la mayor alegría del mundo, reconocí entre los transeúntes a media cuadra distante, la silueta inconfundible de mi entrañable amigo Gutiérrez, tanto más



inconfundible cuanto que vestía a la usanza de los majos de su tierra: chaquetilla ceñida, bien blanca, y rematada en largos picos por delante; calzones cortos de paño oscuro, y, a la cintura, un ceñidor de seda de vistosos colores. Los perniles, abiertos de arriba abajo, mostraban sueltos en el borde opuesto al de los ojales, las muletillas finas de plata; y la pierna y el pie calzados con unas magníficas medias botas pamperas. Por último, cubría su cabeza con un sombrero gris de anchas alas. Y había que ver su gracioso andar, chipoleándose cual si se creyese paseando por la Calle de las Sierpes. Pero todo fué verlo para correr tras él como correría el acreedor arruinado que se encuentra de pronto a un viejo deudor suyo; sin embargo, era poco el terreno que le ganaba, pues era difícil ir más de prisa entre tanta gente. Una o dos veces le palmoteé las manos, como es la forma de llamar la atención entre los españoles, pero en vano: él no me oía o no hacía caso. Al fin, cuando ya empujaba la persiana de una puerta con ánimo de entrar, pude acercármele bastante para poner las manos en bocina y llamarle:

—¿Don Antonio?

Al oír mi voz saltó con estremecimiento de cuerda sacudida por un pizzicato, al par que giraba sobre sus talones con agilidad apenas sospechada, y, sin soltar el bõrde de la acera, me quedó esperando con la boca abierta por la sorpresa y los brazos en alto, en los que me estrechó al final, exclamando: “¡Mister Johnson!... ¡Don Jorge!...” Y, mirándome sin parpadear desde debajo de la ancha ala del cordobés, me restregaba contra su ampulosa barriga, que era lo que más sobresalía en él, y me frotaba efusivamente las espaldas con ambas manos, lleno de asombro y alegría, como si le costara darle crédito a sus sentidos, como si le pareciera mentira que nos habíamos vuelto a juntar, como si temiera que todo fuese una simple ilusión de su imaginación andaluza y pudiera tal visión disolverse de pronto y hacerse nada entre sus propios brazos... Convencido de la realidad, agregé al fin:

—¡Olé amigo Johnson! ¡Parece mentira que lo veo!...

—Pero es verdad, don Antonio. Aquí me tiene, y yo a usted.

—Es verdá, ¡vive!... Pero ¿dónde estaba usted, si se puede saber? ¿Es que se había ido y vorvió?

—No, amigo mío —le dije, desprendiéndome de sus brazos para no seguir interrumpiendo el tránsito—. Tuve la dicha de haberme quedado.

—Bien pensao. Estos indio, al finar, demostraron sé más cuerdo que nosotros, y más bueno de tóos. Verdá dijo quien dijo: “Dios aprieta, pero no ahoga”. Apretó de verás, pero pronto aflojó la cuerda para que el vendabal no se llevase ná, y náa se llevó, sino lo contrario, que ahora estamos mejor que nunca. Y fué que teníamos miedo. Y er miedo lo trastorna y lo obscurece tóo. Pero todo se quedó en agua de borrajas, y ahora, ¡ahora es otra cosa! ¡Ahora hay porvenir!.. Pero, ¡vamo!, que se hace tarde, a selebrarlo como es meresido. Y entramos aquí, que es mi cantina, ¿s’acuerda, amigo? Es ya de los indios, pero ojos ahora son mis mejores cliente, y soy yo, ¡soy yo quien se los está comiendo crudo!... Arrima mosto, niño!

Esta orden, se comprende, fué dada al mesero. Habíamos entrado y ya ocupábamos sendas sillas en torno a una de las mesas de dicha cantina en donde a las simples marimbas del principio se han agregado nuevos instrumentos hasta formar una verdadera orquesta integrada por indígenas y ladinos, los que tocaban sin descanso en tanto los parroquianos bailaban por parejas o solos, con su característico y envidiable entusiasmo. Estábamos en aquel bar llamado Ensueño, y asimismo seguía llamándose, sólo que con diferente escenario, o sea con el escenario de la época. Para ser franco, a mí me pareció dicho nombre más apropiado ahora que antes, quizá por los típicos vestuarios y la sana alegría que allí se estilaba. Un verdadero Ensueño. Y por esto era que él había renunciado al aislamiento y a su viejo reservado, para estar en comunión con “er pueblo más alegre der mundo”, según sus propias palabras.

El mesero volvió con dos vasos y una botella, y ésta era de vino. ¿Qué había pasado con el whisky de mi amigo? Me gustaba más así, pero tal cambio sorprendía en él, y no pude menos de preguntarle la razón de ello. Y fué su respuesta:

—¿Qué le vamos a hasé? Ahora las bebidas fuerte ya no se usan, sólo vino, servesa y café; café, servesa y vino, vinillos suaves que se dejan beber, y café der mejó der mundo; y coñac pa remedio, no más. Disen que así e mejor. Sabe Dio si es verdá. De tóos modos yo bebo de lo que me hasen fabricá. Y, pruébelo usté, ¡ea!, que es un vino español. ¡No lo hasen mejores en el sielo!...

Y alzando el vaso, brindó:

—¡El porvenir, ingeniero!

—¡El porvenir!

Y de veras que el vinillo ese era bueno. Y el porvenir tanto mejor. Y en aquel punto quise relatarle todo lo que había pasado entre María y yo, que era la más dulce de las historias. Pero ya él había retomado la palabra:

—¿Entonse usté se quedó en er país? Así debía ser. Pero ¿dónde es que vivía que no vió usté periódico ni ná?

—¿Periódicos? ¿Por qué dice que no los vi?

—Porque eyos publicaron una gacetiya dirigida a usté, y como la publicaron dos veses, una hoy y otra a los dos día, pensé y dije que ya usté se había ido. ¿Cómo es que...?

Yo me había quedado pasmado. ¡Una gacetilla referente a mí! ¿De qué se habrá tratado? ¿Se habría repetido lo de la otra vez cuando, todavía recién venido, me tocó leer una injuriosa y difamante? Es verdad que, al fin y al cabo, tal calumnia no me causó más molestia que la interna, pues nadie más le hizo caso, como si realmente era entonces aquí de práctica obligada tal conducta, sin poder saberse si se calumniaba porque nadie hacía caso a dichas calumnias, o no hacían caso porque todo el mundo calumniaba. Y ahora, que son otros los tiempos porque los hombres son otros, ¿habrán de seguirse formulando denuncias a humo de pajas y a ojo de buen cubero, si es que no con la malicia de los perversos? No; esto no podía creer. Y, serenándome en seguida, le pregunté:

—Y ¿qué es lo que decía esa gacetilla?

—La primera ves decía: "Ingeniero Jorge B. Johnson: hay un mensaje urgente para usté en la ofisina der Cable". Y la segunda desía: "Ingeniero Jorge B. Johnson: sírvase presentarse ahora a la ofisina der Cable, que ma-

ñana vendrá un avión espesial pa llevárselo a usté a Norte América". Y yo dije cuando la leí: "Ojalá miste Johnson no se haya ido todavía, pa poderse ir mañana en ese avión espesial..."

Estaba claro que la Williams & Clark Ltda., se había acordado de mí e interesado en alto grado, ¡y yo sin saberlo! No podía quejarme, ni ser la excepción en esa regla de que los enamorados ya no saben leer periódicos... Y el avión regresaría vacío. ¡Qué gracioso! Y me eché a reír con toda mi gana.

—¿Usté se ríe? Pues mire que no se le venga a secá er poso, que hay argo más. Pero, brindemos otra vez. ¡Por su salú!... ¡Mesero!: ¡tráe má: der mismo!

—Y ¿se acuerda qué dia leyó usted esa noticia? —le pregunté al fin.

—Hará tal ves do semana. Y antier leí otra, y otra más, también sobre usté.

—¿Otra más? —La cosa (y yo también) se iba poniendo seria—. Y esa otra, ¿qué decía?

—Una era der gobierno, que lo invitaba a pasar por la ofisina. La otra era der Consulado de Norte América, que ofresía gratificasión ar que pudiera informá sobre er paradero de usté, sea que se encontrase entre los vivo o entre los muerto: la cosa era saber su paradero. Y publicaba además la fotografía de usté. Pero yo no podía creer que se había muerto. Aquí nadie se murió. Yo desía que estaba por ahí y que había de apareser. Si yo fuera de ambisión iría corriendo ahora con la notisia para garmar esa gratificasión. Tar vé sean sien dólares. Pero mejor dejársela a argún pobre que no tenga oficio.

Yo me estaba riendo de nuevo. Todo eso tenía gracia, pero mucha gracia. No se me ocultaba que, al no haber dado conmigo, la Compañía hasta podría nombrar otro ingeniero. Pero hoy sólo quería pensar en el presente, y este presente era feliz. ¿Por qué, pues, no seguir riendo?...

El mesero había vuelto con otra botella, y, al mirarlo ahora, vi que su cara no me era extraña, a pesar de que entre esta gente hay siempre exceso de semejanza física, y de otras. Pero aquella cara en algún lugar la había visto

antes, lugar que debió ser original cuando se me quedó tan presente. Mas no pudiendo recordarlo por mí mismo, se lo pregunté a él.

—Yo era camarero del Gran Hotel —me contestó— cuando usted llegó allí.

Ahora recordaba. Volví a verme en la azotea de ese hotel mirando al lado del traspatio, en donde este mismo sirviente recibía sin protesta los latigazos del patrón. ¡Si habría sabido éste que esos eran los últimos que propinaba!... Pero ¿qué objeto había entonces en pensar de esa manera? ¿No era mejor creer que nunca cambiarían los tiempos?... Ni qué decir que me negué a recordarle aquí tal cosa al muchacho, haciéndole en cambio una observación que me resultó sumamente fructuosa. Yo le dije:

—Pero usted, entonces, en una vez que lo vi sin el uniforme del hotel vestía de ladino. ¿Cómo es que ahora viste de indígena?

—Yo siempre he sido indígena —respondió—, pues ni modo de dejar de serlo así nomás. Pero por el desprecio que “ellos” nos hacían, muchos de nosotros tratábamos de saznarnos de eso cambiando todo lo nuestro por lo de ellos, hasta el nombre. Yo, por ejemplo, que me llamo Carlos Chaclán Saquich, me llamaba entonces Carlos Paz Toledo: el Paz era inventado por mí, y el Toledo había sido inventado por mi madre. Pero ahora que todos valemos iguales, y que ya reina en el país la primavera de verdad y no de mentira, he vuelto a ser el del principio. Y aquí estoy para servirles a ustedes.

Su respuesta me había asombrado. Parecía que la libertad de que ahora gozan les había abierto la comprensión y otorgado hasta la facultad de la oratoria, tanto más que, de paso, me había hasta explicado el misterio de aquellos Edictos o trasnombramientos. ¡Qué distinto resulta el hombre —pensé— que goza de todos sus derechos naturales y divinos, del otro que no los goza! Una diferencia del cielo a la tierra, o del ángel al hombre. Y mi amigo Gutiérrez sonreía complacido, como sonreiría el padre de aquel muchacho. Huelga decir que, despertado mi interés, le seguí preguntando al otro que frente a mí des-

cansaba ya en un pie, ya en el otro, con regularidad de péndulo.

—¡Qué bien ha hablado usted! Pues es lógico que la mera adopción de trajes y de nombres que no eran de ustedes, no podía cambiarlos de naturaleza. Pero dentro de ustedes mismos, a fuerza de vivir en estas falsas condiciones, ¿no llegaron alguna vez a sentirse como ladinos de verdad?

Movió la cabeza al contestar:

—Eso es difícil, señor. En todo momento sabíamos que éramos naturales. Era como si uno se tiñera el pelo de amarillo: todos lo verían “canche”, pero por dentro seguiría siendo negro. O como cuando las mujeres se hacen el permanente y se ven crespas después, y de colochos, pero por dentro el pelo sigue siendo liso. Y aunque negábamos que éramos naturales al imitar el modo de los ladinos, era tan sólo una negación con la boca, nada más, como una máscara de baile, o como los tacones altos de las mujeres bajas, porque el fondo no cambiaba. Por eso, cuando nos decían indios, nos enojábamos, porque sabíamos que era verdad.

—Pues me figuro que todo eso debía dar por resultado el que ustedes vivieran una vida doble, ¿no?

—Sí, señor, así era: vivíamos doble vida, siendo una de ellas, la que se veía: la falsa, la impostora, la hipócrita. La que no se veía y sólo se sentía era la verdadera. Pero ahora ya no es así, porque nos mostramos tal cual somos para ser sinceros con nosotros mismos y poderlo ser también con los demás.

—¡Admirable! ¡Bravo, muchacho! Y usted sí es cierto que es mero inteligente. —A estas palabras, que habían sido dichas con toda sinceridad, se sintió más que halagado, tanto que olvidó la impaciencia que últimamente venía mostrando por irse a reanudar luego sus interrumpidos deberes, para quedarse sonriendo. Yo entonces agregué—: Pero quiero decirle una cosa que le pido de antemano no lo tome a mal. Es el caso que al haber vuelto ustedes al uso de los modales antiguos, podría creerse que están retrocediendo en la escala de la civilización. ¿Qué dice usted de eso?

Dejó de sonreír para preguntarme:

—No sé lo que dice. ¿Qué manda?

Don Antonio terció entonces deseoso de evitarme la molestia de preguntar dos veces la misma cosa, pero asustando al otro con su proverbial franqueza:

—El ingeniero dise que ar ponerte otra ves ese traje que ya te habías quitaó, podría pensarse que tú te estás volviendo pa atrás en las costumbre de sivilisado, pues al lado de ese vestido que tienes ahora no podrías, por el caso, ponerte un frac, ni siquiera un esmoquin.

Y picarescamente se rió.

—Yo no entiendo inglés —contestó el aludido—, pero creo comprender lo que dice, y el señor se equivoca.

—Esta vez aludía a mí—. No hay nada para atrás. ¿Por qué iba a haber? Si me vistiera con piel de animal muerto, ¿sería, pues, de cavernas? Y si me quedara dialtiro desnudo, habría vuelto a los días de Adán y vuelto a entrar al jardín del Edén? No pues. El hombre es hombre por lo que tiene dentro, no por lo que pueda tener puesto encima del pellejo. Cuando lo que tiene adentro es luminoso, su luz se abre camino a través de cualquier ropa que tenga puesta, se llame ésta en inglés o en quiché. Y si a los señores no se les ofrece nada, mejor será que me vaya a seguir sirviendo a los demás.

Y mi amigo, sin dejar de sonreír, lo despidió en seguida:

—Anda con Dios, hombre, ánda con Dio.

Y aquél, muy dignamente se retiró.

Yo me quedé pensando que un pueblo constituido por hombres de esta condición debía ir lejos, pero muy lejos. Por otro lado, ¿no era también cierto que mi amigo, que se quedó como si nada había pasado, estaba acusando hasta la saciedad que sentía hondas simpatías por los naturales? Y al exponerle tal presunción, me contestó con su misma llaneza:

—Es verdá. ¿Pa qué lo voy a negar? Con la verdá se va a tóas parte, que es deber y placer defendé la verdá. Sobre que fuera pamplina sentir lo contrario por gente tan buena cuando hasta los ladino, que son los ladinos, ahora van der braso con eyos como disiéndose: “O nos

conformamo e inflamos er peyejo, o inflamo er peyejo y nos conformamos". Pero yo no es por eso —se apresuró a corregir—. Si es que por eyos aun siento más simpatía: siento también admiración porque han dao trabajo pa tóos, que es la riqueza der pobre. Y siento también afecto, porque me han enseñado trabajá 24 horas ar día preparando y embotellando vino pa su selebraciones; tanto, que ahora ya no se conosen los parásito. Y todavía siento también agradecimiento, pues e cosa de ver lo bien que pagan y lo cumplido que son con su palabra, más complíos que las veleta de mis antiguos clientes, embrolladores como los gitano, a los que Dios habrá perdonao. Por úrtimo, palabra de honor que aquí farta hasia argún cambio, cualquier cambio como éste. A mí me dan disgusto las monotonías. Me gustan las cosa como la naturalesa, siempre cambiando: misteriosa hoy, mañana terrible y er día sombrío, después soleado y yeno de gloria...

—Comprendo, y veo también por qué usted se viste ahora conforme a su tradición: quiere asemejarse a éstos siquiera en eso.

—¡Eso mismo! Er que a lo suyo se parese no desmere-se. Y eyos también quieren pareserse a mí, digo, a España. ¿Oye usted lo que toca esa orquesta? Es una dansa e mi tierra, y pronto verá usted panderas en manos de la india, y er cante hondo en sus labios hecha flor... Brindemo, amigo Johnson. ¡Por los indio! —Y alzó su vaso.

—Sí —le respondí levantando el mío—, por ellos, a los que si usted debe su prosperidad actual, yo les debo la felicidad eterna de que disfruto.

Bajó el brazo, intrigado, y me preguntó:

—¿Felisidá eterna? ¿Qué quiere usted desir con eso?

—Hace un rato que estoy deseando decirle que me he vuelto a casar.

—¿Usté? ¿Aquí? No me venga con chungas.

—No es broma: es la pura verdad.

—Pues, ¡vive Dios!, ¡qué callao se lo traía! Y ¿cómo fué eso?

—Pues como lo hacen todos —le contesté changueando ahora—: por medio del juez.

El no salía de su asombro:



—¿Der juez? ¡Ah!, sí, ¡cómo!... ¡Qué pórvara! Ustedé dijo: “Hay melón, pues mi tajá en mano”. Pero ¿qué melón, digo, qué novia tenía ustedé? Nunca le conosí ninguna.

—¿Se acuerda de la dama que usted mismo me presentó?

—¿La señora María? ¿Onde que no había de acordarme? Pero, ¿tiene eya argo que ver con eso?

—Sí. Fué con ella con quien me casé.

—¿Con eya?...

Se quedó inmóvil, completamente anonadado, casi se podría decir petrificado; y desde debajo de su sombrero, que nunca se quitó, la sombra de sus pestañas dió a sus ojos la turbiedad de la tristeza. Nunca pensé que esta nueva lo fuera a impresionar así. Yo esperaba una cosa distinta. Ahora comprendía que debía haberle dado la noticia poco a poco, a pequeñas dosis. Y ya empezaba a preocuparme, sobre todo cuando lo vi vaciar de un golpe el vaso que tenía en la mano. Pero después, muy quedo, casi musitando, la voz turbada y la mirada puesta en la mesa, vino a decir:

—A esa mujer yo le guardaba en mi pecho como oro en paño, desde la mar de tiempo, porque la verdá es que me encomendaba a eya y le resaba lo mismo que se hase por la Semana Santa al toparse uno con la imagen de la Macarena. Pero nunca dejé que eya se enterara, porque ese era mi secreto. Pues ¿pa qué se lo iba a desir? Sería lo mismo que perdé er tiempo. ¡Ah, yo con 20 años de menos...! Pero Dios lo tendría dispuesto, y ño hay más que hablá. —Me tomó la mano para estrechármela, mientras agregaba—: Amigo Jorge, lo felicisito de corasón. Eya es buena, más buena no ha habido ni habrá, y es bonita: no hay pintor que pintara virgen como eya. —Y salió canturreando:

Pa besarle las mano  
los lucero se arrodillan...

¡Olé amigo Jorge! Lo felisito de verdá. ¡Felís, felís, felís...!  
¡Cuán bueno será ustedé que Dios le dió la tela, er telar y la que teje!... ¿Mesero? ¡Otra botella, pronto!

Y con afectada alegría, se puso a tararear la danza que tocaba la orquesta, a la par que se ponía de espaldas para ocultarme sus ojos, pretextando que miraba bailar a las parejas...

Yo hubiera querido decirle que nunca tuve más interés que en la tejedora, y solamente en ella; pero él había dado un paso más allá, y el ruido de la música era grande, además de que tenía algo más importante que decirle. Al zando, pues, la voz, y puesto de pie, lo invité:

—Amigo: yo no estoy interesado en quedarme aquí bebiendo todo el día. Lo que deseo es llevármelo a usted a mi casa para que almorcemos todos juntos. ¿Aprueba?

Sin volverse todavía, respondió:

—¡Claro!, que gana me sobran de ver a la zeñora... Mesero: aquí pago, propina y tóo, y guárdate lo demás der vino —puso en la mesa unos billetes, y por último se dirigió a mí—: A sus órdenes, ingeniero, y no importa que sea en auto, y mejor si es en avión...

El taxi siguió directo a través de la plaza de la Primera República en donde esperaba que no hallaríamos pase por el gran mitin que debía estarse aún celebrando. Mas, para mi sorpresa, la plaza la encontramos sin novedad y sin señales de manifestantes, aparte las máquinas barrenderas que se hallaban recogiendo montañas de papeles quemados que el viento dispersaba cada vez más. A mi pedido, el chofer me contó lo que había ocurrido. En resumen, sucedió que antes que aquel dirigente "echara" su discurso que sabe Dios cuánto le había costado preparar, salió con el suyo un indito que nadie esperaba. Apropiándose de los micrófonos, dijo que los expendios de licores habían sido clausurados por evitar la vagancia. "No véis —había dicho— que en adelante pasaríais haciendo nada tratando de vender algo que nadie os compraría, en el supuesto que hallareis guaro, qué vender? ¿Creéis poder hallar siquiera cigarrillos como antes? Ningún negocio sería, pues, para vosotros pasar el día entero ante un mostrador lleno de copas pero vacío de clientes, porque ya todos nos despedimos del vicio. Seguro que de ellos os habríais convencido con el tiempo, pero de aquí a entonces habríais gastado ya vuestros ahorros, y os encontraríais doblemen-

te quebrado. Mejor es en la forma como se hizo, que así estáis aún en posibilidad de compraros otro negocio. Aunque el mejor negocio que podríais hacer ahora sería, si no podéis asistir a los centros especiales de culturización, pues inscribiros en el Ejército de liberación que el gobierno está organizando con los buenos guatemaltecos: el ejército que se encargará de hacer caminos, fabricar puentes, construir colonias o nuevos barrios de residencia, edificar casas, abrir canales de riego y surcos con el arado. En ese ejército seréis todos bien venidos"... "Total", concluyó el chofer, "que en seguida todos estuvieron de acuerdo y aceptaron allí nomás la nueva propuesta, habiendo hecho de los carteles que traían la pira más grande que yo he visto". Hubiera querido preguntarle acerca de la cara que habría puesto el líder principal, pero ya habíamos llegado a la casa.

Al ir a llamar, mi amigo me detuvo porque antes quería arreglarse el cuello de la camisa, corregirse el nudo de la corbata y alisarse la chaqueta, haciéndome señas, finalmente, que ya estaba listo.

¿Hará falta decir que mi amada tuvo gran alegría en volver a ver a tan gran amigo?, quien, al entrar, quitándose el sombrero, había dicho de un tirón:

—¡A la pas de Dios, zeñora! Henos aquí otra vez, después de tanto tiempo. ¡Doy a usted mis parabienes! Suerte la del ingeniero, con cuya amistad me honro, que ha juntao en su mano er corasón y la garganta de usted, que es como desir la flor y er sol. Sólo que veo una cosa: que pensábais ustedede quedarse en secreto, como si desearai que no me enterase.

—Gracias por las cobas, don Tono —le dijo ella riendo—, pero lo del secreto es mentira, pues fué usted el que nos quiso olvidar, y nos olvidó por completo.

—¡Nunca! De los dos me acordaba siempre. Por don Jorge llegué al hotel dos días después del último día que nos vimos, y ya él no estaba. Y por usted de tarde en tarde pasaba preguntando a su mare de usted: "¿Cómo está su hija?", y eya respondía: "Sé que está bien, grasia". Ya usted ve que sí me acordaba.

—¡Bueno! Pues pasen a sentarse, y, por favor, discúlpeme un momento. Ahorita vuelvo.

Y dejándonos en el hall, salió en seguida, seguro que a traer con qué brindar.

Nos sentamos; pero él pronto volvió a levantarse con cierta inquietud, para empezar a recorrer en todos sus sentidos la sala, primero callado y las manos a la espalda, y después dialogando:

—Se casó... No: se casaron, ¡se casaron los dos! ¡Parese mentira! Y más mentira parese que yo no me hubiese enterao, mire usted, señor, como si estuviera viviendo en la luna... Y ¡las veces que quise vení para endursar mi vino, o para oírla cantá arguna seguidilla!... Pero tóos teníanme muy ocupado: “Señor Gutiérrez: dose cajas de vino”. “Señor vinatero: una dosená más”... Y na más con dos empleados que asomaban de cuando en cuando, y nunca juntos. Obligación fué no venir. ¡Jesú, qué calamidá!: no venir ni siquiera a la boda pa desearles toda la felisidá der mundo, como Dios manda... Pero bien empleado me está, y sea por Dios, porque El es el que reparte lo bueno y lo malo entre tóos y cada cual saca su parte de una cosa y la otra... ¡Y cuándo fué que se casaron usted, zeñora?

Venía entrando María con la botella de vino y tres grandes copas.

—Diría que fué ayer —le contestó, volviendo a reír— si el calendario no desmintiera. Pero fíjese que hace ya tres días.

—¡Tres día! ¡Válgame Dió! —añadió—: ¡Quién lo hubiera pensado! Pero es que las esponja de los indios no me dejaban descansar pidiendo y pidiendo vino, y yo haciendo vino y más vino...

Entonces yo intervine:

—¡Cuidado, mi amigo, con culpar de nada malo a los indígenas, que es a ellos a quienes yo debo mi felicidad! Por ellos no pude salir cuando yo quise; y fué al quedarme que...

—¡Que no, señó! ¡Que no pué ser! Esa felisidá suya me la debe usted a mí, y ¡sólo a mí! ¡Verdá, zeñora?

—Las cosas se suceden por encadenamiento de eslabones a veces tan ligeros o ya tan lejanos que los había-

mos hasta olvidado cuando venimos a sentir sus efectos —explicó María filosóficamente—. Pero sepan, caballeros —y fué al grano, habiendo entrado en juego su intuición de mujer—, que yo tampoco lo tenía pensado el día que le ofrecí a Jorge el asilo de mi casa. Sabía, eso sí, que se podía fiar en él, pues, entre otras cosas, oí la discusión que ustedes tuvieron el día que fué traído a presentar. Pero lo demás, ni por pienso.

—¿Qué discusión fué esa, amor mío?

—¿Y usted, don Tono, tampoco se acuerda?

—Ni yo.

Ella sonrió y nos hizo memoria:

—Parece que tú le hiciste a él señas para que no me dijera nada, cuando vinieron a proponerme que te sirviera de intérprete, pues oí que don Tono te decía: “No se amostase. ¡Mire qué bien salió!” Y tú habías querido dar contraorden porque te sentiste apenado y hasta con timidez. Y un hombre así no puede ser malo. Y, en efecto, es el más bueno del mundo.

Y se echó a reír.

—¡Brillante deducción! —exclamó él—. Ahora lo recuerdo. Y ¡qué historia más distinta se hubiera escrito si he obedecido sus señas! La historia de los hombre sigue siendo influida por las cosas más pequeña, y lo que sucede es lo mejó.

—Así es.

Y se hizo una ligera pausa, como si todos hubiésemos caído en la meditación. María y yo nos mirábamos profundamente, siendo ella la primera en reponerse:

—Las copas están que se derraman. Brindemos ahora por el porvenir.

Don Antonio tomó la suya, y sin apartar los ojos del embriagante néctar, dijo:

—Usted dispense, pero yo brindaré por el Amor... Cantemos a Ero, er sordado desconosido (porque nadie lo ha visto nunca) más audás y heroico de cuantos sordados han sido, en el lanse más riesgoso y más noble, amargo y destructor a veses, pero durse y glorioso siempre, de cuantos lanse sostuvo soldado arguno, y cuya arena de sus encon-

trones, igual que su monumento, no es otro que el más grande y vivo que vió la tierra: la humanidad misma.

Levantó más la copa y exclamó:

—¡Brindo por él, y por la felisidá de ustedel!

—Y por la suya, don Tono —dijo ella—. Por su felicidad y larga vida.

—Se agradece, pero nada de eso veo todavía—. Vació la copa y agregó—: Apenas er vino, la mujer y el hombre.

—No —le corregí—. Debe decirse: la mujer, el hombre y el vino.

—Er visio, mi amigo, er visio...

—La mesa está servida, señora.

Volví ligero la cabeza, y vi una muchacha cubierta de listones de colores, zapatos de altos tacones y vestida según el clásico vestir de las naturales. Alegremente sorprendido, miré a mi mujer interrogativamente. Ella, sonriendo, me explicó:

—Es la nueva sirvienta, y una sorpresa que guardaba para ti.

Don Antonio comentó:

—Una india más, un dolor meno.

—Sí, —dijo mi mujer, levantándose— pero ella —se refería a la empleada— antes de ahora era de las que se consideraban ladinas. El vestido ese se lo puso recientemente.

—Por eso desía: una india más...

La comida resultó excelente, pues mi esposa había dispuesto que el de hoy, por haber hallado al fin cocinera, fuese un almuerzo especial y en homenaje a nuestra boda. Por eso, y al alcance de la mano, había un enorme y exquisito pastel coronado con una guirnalda de flores de azúcar que enmarcaba a un corazón hecho de pulpa de cerezas. Sin embargo, poco se habló en la mesa. Aparentemente nuestro apetito —el de ella y el mío— era como para no dejarnos ocupar en otra cosa que no fuese comer. Nuestro amigo, en cambio, era más sed lo que tenía, y consumía copas tras copas con prisa nunca vista en él; tanto, que se iba poniendo cada vez más rojo y sudoroso, hasta sentirme obligado a llamarle suavemente la atención:

—Amigo mío, recuerde: “El vino, como rey, y el agua, como buey”.

Con un suspiro previo, repuso:

—Ahora se dise al revés: “er vino, como buey...”

—Y con deajo triste, se puso a conturrrear:

Echa vino, montañé,  
y enjuaga bien los cristale,  
que venimos a bebé...

y vació otra copa.

Me di cuenta que su mal no era debido a los vapores del vino, ni venía del fondo de ninguna botella, sino del interior de su pecho. Y así lo comprendió mi esposa al decirle:

—Se me hace, don Tono, que usted tiene una pena muy honda que trata de ocultarla o de disimularla bebiendo así. ¿Por qué no nos la cuenta para que la compartamos? Acuérdesse que “entre tres tocan a meno”.

—No tengáis cuidado, que ni tengo pena ni bebo ná.  
—Y canturreó otra vez:

Bendita sea mi suerte,  
porque si mi vía es mala  
es mucho peó la muerte...

—¿Está viendo, don Tono? Usted sufre. Es demás que lo siga negando.

—Yo nada niego. Digo que soy felís como sóis usted, aunque sea viejo y sortero.

—Y ¿por qué dice que es viejo? —le replicó ella—. Bien que podría casarse y salir de esa “sortería”.

—No, zeñora. ¡De haber tenido 20 años meno...!

Entonces tercié yo:

—Querido amigo: la juventud no es un estado de la vida, sino un estado de la mente. En un boletín de la Asociación Médica de Toronto leí un día que “un hombre es tan joven como su fe, tan viejo como sus dudas; tan joven como su confianza en sí mismo, tan viejo como sus temores; tan joven como su esperanza, tan viejo como su

desesperanza. Nadie envejece sólo por el hecho de vivir muchos años. Se envejece solamente por el abandono de sus ideales. Los años arrugan la piel, pero si no se deja el entusiasmo, el alma permanece sin arrugas. Afortunadamente, nosotros los mortales hemos descubierto que cada individuo tiene su fuente de juventud dentro de sí mismo y que, en tanto la conserve flúida, no necesita sino tener confianza en el futuro y coraje en sus convicciones”...

Me había escuchado él con toda atención, preparando quizá su respuesta que no tuvo al cabo oportunidad de expresar porque en tal momento la sirvienta volvió trayendo una carta para mí que acababa de recibir de manos del cartero. Ni qué decir que nos quedamos maravillados por el hecho de que al final alguien había dado con mi paradero, paradero éste que si no había sido un escondite, había tenido todos los visos de serlo; pero pronto recordé que en el Banco había dejado mi dirección completa, y seguramente ellos se habían encargado de dar aviso a aquellos organismos que públicamente se habían interesado por dar conmigo, a fin de que no me siguieran dando por muerto. Y es probable que mi amigo pensaría en los cien dólares que “algún pobre sin oficio” dejó de ganarse... Pero desde antes de rasgar el sobre, pudimos ver su procedencia en el sello que presentaba éste en una esquina y que decía: Ministerio de Obras Públicas, Fomento, etc. Comprendimos que ahora sabríamos si el gobierno había aprobado o no nuestro contrato. Extraje, pues, la carta, y la leí primero de una ojeada; y, pronto, para aliviar a mi mujercita que se había quedado en suspenso, la leí en voz alta y triunfalmente, pues la noticia era buena: la Junta revisora de contratos del gobierno había dado su aprobación al nuestro, por haber sido hallado “conforme a nuestras leyes y ajustado en un todo al espíritu y a la letra de la Constitución de la Primera República de Guatemala”. Y concluía recordando al Ejecutivo la perentoria necesidad que había de tal planta, recomendando a la vez su pronto instalación. Acompañando a ésta, que no era sino copia del dictamen de aquella junta, venía el oficio del propio Ejecutivo, con fecha más reciente y dirigido a mí directamente, por el cual se me invitaba a pasar por el



despacho de Obras Públicas lo más pronto posible para acordar la fecha de iniciación de tales trabajos.

De haber estado solos, seguro que mi amada habría saltado y bailado de alegría, pero la contuvo la presencia de nuestro amigo; no la presencia en sí, sino la de aquel halo de tristeza que parecía irse dilatando cada vez más en torno a él. Apenas se limitó ella a exclamar, juntando las manos:

—¡Gracias a Dios!... —Pero agregó—: ¡Si tú supieras, amor, cuánta pena tenía por lo de ese contrato, no tanto por la planta en sí misma, pese a su gran importancia, sino más bien porque me daba perfecta cuenta que de él dependía que te quedases en el país o no; y aunque sabía yo que tenía que seguirte adonde fueras, la verdad era que no deseaba tan pronto abandonar a mi madre, ahora que, gracias a ti, la había vuelto a ganar; mas nada de esto te había querido decir por no contagiarte de esa pena. Pero ahora ha vuelto la alegría, y yo respiro. ¡Ya no hay penas! Y veo que los indios, quiero decir los naturales, son gente buena, después de todo.

—Más vale vergüenza en cara que manciya en corazón —se animó don Antonio a decir.

Yo hablé entonces. La oportunidad, al fin, había llegado:

—En efecto, amor mío: ya no hay penas. Todo el pueblo es feliz, porque es bueno, y es bueno porque es consciente. La conciencia, amada mía, que unos llaman juez y otros Dios, es simiente de la virtud y la felicidad humana, no importa que esa conciencia sea de letrados o de iletrados, de estadistas o de campesinos. No hagas a nadie lo que no quisieras para ti, y haz a los demás lo que quisieras que hicieran contigo: es la base de la justicia, de la equidad y la armonía universal. Y ahora, he aquí a nuestro pueblo no sabio, no letrado, pero sí consciente (y conciencia, ¿no es sabiduría?); consciente a pesar de los bien llamados ladinos que iban —y van— por cinco siglos caminando a horcajadas, a memeches sobre aquellos infelices a los que explotaban —¡y todavía!— como don Antonio explota sus uvas. Iniquidad que en éste como en cualquier otro pueblo no podía engendrar otra cosa que sen-

timientos de odio, de rencor y de venganza, pero sumiso éste siempre ante su desgraciada impotencia, y ante la criminal indiferencia de los demás pueblos de la tierra que suelen llamarse "cultos".

"Pero no era esto todo, con todo y que ya era bastante. Esos señores ladinos también esperaban y exigían que sólo dichos infelices debían interesarse por la agricultura, o sea por el bienestar y la prosperidad de la nación —se carecía de otra fuente de prosperidad y bienestar que la agricultura—, nación que aquí significaba no más que una minoría: la de los amos y patronos, los que a la vez seguían despojando a aquéllos de las pocas parcelas de tierra que aún les quedaba, en muchos casos ya reducidas al área de su tumbas, en el más absurdo e inicuo de los contrasentidos. Y, sumisos como eran, agachaban los otros y sin protesta la cabeza, e iban a hacer lo que les mandaban —bajo la lluvia o al sol, de día como de noche— como humanamente podían. Y ¡podían tan poco! Obreros abismados en la ignorancia, y en el hambre, y en el vicio, ¿cómo poder hacer más? En sus manos no cabían las herramientas de trabajo, por estar ya ocupadas con los envases del aguardiente oficial. En su mente no cabía ninguna idea de progreso, porque estaba ya abrumada por el temor de la muerte que el hambre y las enfermedades se la vivían recordando. Y en su pecho no cabía el sentimiento de amistad, de colaboración o ayuda, por estar ya pletórico del rencor que acumulaba la eterna ofensa. Ellos no sabían nada: en su rodar cuesta abajo no sólo eran ignorantes, que ya hasta carecían de lógica, para no hablar de perspicacia, y de intuición, y de razonamiento analítico. Apenas sabían que debían desconfiar de la mañana a la tarde, de la cuna a la tumba... Sin embargo, en esas manos lerdas y débiles y embrutecidas de labriegos desnutridos y enfermos y viciados —pero jamás malintencionados—, habían puesto los zánganos de la colmena el presente y el futuro del país; presente y futuro que, increíblemente, exigían que fuese nada menos que brillante. Si resultaba al revés, ¿sería por culpa de ellos?

"Pero si a pesar de ello y a pesar de todas las verdades históricas y jurídicas y demás pruebas humanas

y divinas, queremos seguir empecinados en creerlos malos, peligrosos, desagradables, necios, viciosos, salvajes, degenerados y mil y un defectos más, será forzoso admitir que, de ser ello verdad, debieron serlo porque no sabían —ni saben— lo que hacían, dado que nadie les había enseñado a hacer el bien, y sí todos se empeñaron y afanaron para hacerles adquirir aquellas numerosas “cualidades”, deparándoles todos los males posibles y hasta no posibles —guerra en todas las temperaturas— a ellos mismos, quienes vivían muriendo en el estiércol, en los basurales, en los pantanos, debido a los estúpidos deseos de “civilizarlos” (entiéndase seguirlos explotando); una vida tan afrentosa que indignaba, y tan precaria, que un enojo o una contrariedad súbita los mataba entre vómitos y convulsiones, como estricninados... Me parece que es demás entrar en mayores detalles, querida: te juro que tú bien te acuerdas cuando podíamos resumir todo esto en dos palabras: “trabajan de estrella a estrella, para acabar estrellados”. Sólo quiero hacerte observar que ahora que ellos aprendieron a saber lo que hacen o a conocerse a sí mismos, es cuando pudieron levantar el estandarte de los valores espirituales, los que necesariamente deberán conducir a la bienaventuranza de todos, dando a sus claros antepasados el orgullo de decir, con el Bernardo del romance:

“Si no vencí reyes moros  
engendré quien los venciera”.

Y en efecto, en este país —tú lo has dicho—, ya no impera la tristeza, ni la desconfianza, ni la desesperación; ni el terror de la muerte existe ya, porque el que tiene bien puesto el corazón no teme ni espera nada malo en ningún tiempo. Por eso —me dirigía a mi amigo— por eso es que los ladinos han venido a ellos a prestarles su colaboración. No es que lo hayan hecho porque no puedan menos, sino porque no pueden más. El país todo, esposa mía, es ya como una casa de sándalo. Los bosques de primavera están perennemente en flor, y “la aveja del corazón

se sumerge profundamente en esta flor, no deseando mayor placer..."

Ella repuso, mirándome también profundamente:

—Tienes razón, amor mío. Y yo debí de haber estado cien veces ciega cuando no pude ver todo esto en su debido tiempo, aunque no me acuso de haber hecho ningún daño, al menos material o directo, a ninguno de esta escarnecida raza. Pero ¡qué gran verdad hay en eso de que "no hay peor ciego que el que no quiere ver!" Si parecía que teníamos escamas en los ojos, pues aun viendo el orden con que gobernaron siempre a sus propias comunidades, seguíamos obcecados negándoles toda virtud. Por tal ceguedad, yo pido perdón, tanto más que había estado abominando de ellos y añorando ese terrible pasado, en lo cual me conducía como los pobres humanos que, para ganar algún consuelo, tienen que aferrarse con la fuerza con que se agarra el náufrago a la tabla de salvación, a los tiempos idos y creer que los días de antaño fueron mejores, cerrando los ojos a las bondades del presente, que nunca es tan malo como para no tener ninguna, al par que con igual obstinación luchamos contra esto que por no amoldarse a nuestros actuales caprichos damos en llamar "mala suerte", no haciendo con ello más que empeorar nuestra condición, ya que nos debe resultar igual que levantar el Fuego sobre el Agua —el Pelión sobre el Osa—. El día que podamos sobreponernos al recuerdo de las imaginarias glorias del pasado (quemar las naves) y a las no menos ilusorias maldades del presente (prejuicios y supersticiones), para vivir exclusivamente del futuro y para el futuro, entonces habremos conquistado realmente nuestro destino.

—Sigo admirando, mi amada, tu filosofía. Y no sabes lo feliz que me haces al ver que has encontrado la llave del reino de los cielos. Ya tú puedes decir como yo: "Los que tenemos el honor de ser gobernados por los naturales..."

—Pues digo más todavía: ojalá este régimen perdure por todos los siglos.

—Perdurará, porque a éstos les ha costado mucho, enormemente, esta libertad de que hoy gozan y nos hacen

gozar, y, más que los suizos, serán celosos en conservarla. Ahora propongo que antes de que olvidemos para siempre ese pasado, lo recordamos por última vez para que extraigamos del mismo una nueva lección. Trasladémonos, por ejemplo, al año de 1950, cerremos los ojos y miremos pasar, como los mirábamos entonces, a aquellos pobres y desgraciados inditos tan humildes como buenos, tan sufridos como laboriosos y serviciales, pese a que se sabían sin esperanza de un mundo mejor. Eran el mismo sándalo, perfumando, mientras vivían, hasta la mano que los abofeteaba. ¿No constituye esto una prueba más de la existencia de Dios? Y hasta comprendo, al representármelos como eran ellos, comprendo mejor cómo debe ser Dios. Porque ellos eran gotas de aquel raudal que corría subterráneo por lo más hondo del suelo de Guatemala y que luchaba en vano por volver a la superficie, al cual nadie comprendía ni querían saber nada de él: la sencillez de la vida, la sinceridad del alma, la pureza del corazón, la conciencia del hombre en unidad con toda la Creación. Y un raudal como ese no es posible aniquilar: más tarde o más temprano surge a la luz pura del cielo, como un surtidor de agua bautismal. Pongamos pues nuestras cabezas en el mero lugar, y sea esa Agua con nosotros.

—¡Cuánto gozo oyéndote hablar así, amor mío: haciendo derroche de tu espiritualidad!

—Pues sabe, esposa mía, que si algo tengo de espiritual se lo debo al ciudadano presidente de nuestros días, que fué quien me hizo sentir de esta manera.

—Pues habremos de darle gracias a tal ciudadano, porque, sin interés del todo, ha contribuido a que, bautizada de verdad, yo pueda decir: mi pueblo es bueno, y Guatemala debiera llamarse Gutebuena.

—Bien pensao —hablaba por fin nuestro amigo, como saliendo de un sueño— pa tóos seamos guatebuentecos, pues en er día tóos se bautisan pa no seguir siendo ladino. Que Dios escribe recto en líneas curva, como pa dar la rasón a Miguer de lo Santos Arvares quien dijo: “¡Bueno es er mundo, bueno, bueno, bueno!”

—¡Admirable! Esa es la verdad. Y ahora —me dirigía a mi mujer—, debes ir haciendo tus preparativos de via-

je, que es bien posible que a fines de la semana salgamos para Poptúm.

—¡Encantada! —exclamó—. Y quizás Julia (la sirvienta) quiera irse con nosotros.

Ambos nos volvimos hacia ésta que a objeto de esperar órdenes se hallaba a la puerta del comedor, la cual, comprendiendo nuestra tácita interrogación, contestó decidida:

—Yo si me voy con ustedes, pues se conoce que ustedes son felices, y, como dijo el señor, nadie es feliz si no es bueno.

Ibamos a aplaudirla cuando don Antonio, a quien casi habíamos vuelto a olvidar, habló con mayor tristeza, si cabe, al par que llenaba otra vez su copa:

—Buenos y felise, como los ángele, sois ustedede. Pero de camino me dejái solito.

—Mi caro amigo —le respondí—, usted vivirá siempre en nuestros pensamientos y recuerdos. Nunca estará solo. Por eso le queremos pedir que se cuide y baje a la mitad su afición al vino, que ya usted sabe cuánto íbamos a lamentar si, por seguir tomando así, llegase un día a enfermar.

—¡Vaya hombre! No hay que preocuparse: Dios da pa toitos sus hijos poquito de tóo, desde ganiyas de cantar hasta ganiyas rabiosas de yorar...

Y con temblorosa mano levantó la copa, mientras que a sus ojos asomaba una lágrima. Y antes que ésta pudiera caer en aquella, se empinó la copa para apurar sólo el vino.

Con mucha oportunidad, María fué por la guitarra. De haberse demorado un minuto nuestro noble amigo hubiera acabado por soltar lo demás del trapo, y muy seguro que también nosotros. Ella había vuelto con un mantillo florido ceñido a los hombros, de abundantes flecos, y un clavel encarnado a un lado de la cabeza. Y después de tantear las cuerdas, rompió a cantar cantos de la vieja España, la España que todos llevamos en el pecho como naranjales en flor:

¡Viva Graná que es mi tierra!

¡Viva er Puente der Gení,

la Virgen de las Angustias,  
la Alhambra y el Albaisín!...

Cantaba como las buenas, o mejor que las buenas. Nuestro amigo, sin embargo, seguía suspirando, y no precisamente por España ni por esas ondulantes malagueñas, sólo que sin quitar los ojos de su copa de tinto.

La "cantaora" repetía ahora el fandanguillo:

La guitarra está llorando  
con doló de soledá,  
porque disen que en la ventana  
la mujer no canta ya...

Ante nuestros ojos fueron bosquejándose, bajo el puro cielo andaluz, una variedad de estampas sevillanas. Ya era la reja galante de la ventana en amoroso coloquio con la tortuosa callejuela; ya la donairoso Giralda cuyas campanas oíamos claramente repicar, con sus ventanas abiertas a la alegre campiña y por las que pasaba el aroma de los naranjos; ora era el Guadalquivir arrastrándose a los pies del cortijo, entre los verdes olivares y las altas torres de los molinos de viento...

Pero todo resultaba inútil: nuestro sentimental amigo continuaba callado y suspiroso, con la nostalgia de un moro que rememorase a Córdoba, Granada o Sevilla, sin prestar oídos ni a la "Luna de España, cascabelera, luna de España de ojos azules, cara morena"...

Pero no es mi mujer de las que se dan por vencidas ante el primer tropiezo, y así la vi cambiar de táctica: dejando la guitarra, se puso a bailar al son del pandero, al principio con cierta timidez, pero desprendiéndose cada vez más de sí misma hasta taconear con elocuencia y ondular toda ella con la gracia de las macarenas y la maestría de las que moran en el Albaicín.

Con delirio empezamos a aplaudir los dos, porque hasta mi amigo entonces olvidó su pena, dándome la impresión de que era la primera vez que él la veía.

—¡Eso es bailar! ¡Viva España! —exclamaba—. ¡Olé, las mujeres chapina!

Y agregando: "La última gota es er botón de manteca", tomó la guitarra, y, al cesar la pandereta, cantó él una seguidilla, mientras ella zapateaba alegremente y yo batía palmas al compás. Después él siguió cantando:

"S'han cambiao los vientos,  
mas no me he cambiao yo.  
¿Qué habría escriturita hecha,  
y por eso obligasión?

.....

"Que yo te quiero  
y a ti te doy  
tós los tesoros der mundo entero,  
tó lo que vargo, tó lo que soy...

"Ya véis ustede que la alegría no está en la ribera d'enfrente, sino en la oriya en que estamos, cuando quemamo las naves. Y en días de Dió volverá a verse mundo como éste. Porque, la verdá es que Dios castiga sin piedra ni palo; y justos y verdadero son sus camino. ¡Ea!"  
Y cantó otra vez:

"Sorterito fué Jesús,  
sortera la Madalena,  
sorterito soy yo.  
¡Quéate con Dió, morena!..."

Y el alma del vino también cantaba en las botellas, que dijo Baudelaire, seguidillas, malagueñas y soleares...

Y era ya entrada la tarde cuando se despidió y se fué. Pero iba de nuevo alegre y contento, más con el clavel que mi esposa, quitándose del cabello, se lo dió al partir.

Mas ella siguió cantando para mí, y sólo para mí, haciéndome repetir incesante: "Si hay un Paraíso en la tierra, es éste, es éste, es éste..."

F I N



